



Pere Gimferrer. Barcelona, 2005.
(Fotografía de Jorge de Cominges)

Pedro Gimferrer, o el entusiasmo

En la Barcelona de hace cuarenta años, Jaime Gil de Biedma y Pedro Gimferrer eran para mí una constante referencia. Ese cruce siempre activo de presencias dio lugar a que un poema de Jaime viniera a ser, involuntariamente y más de una vez, motivo de reflexión a propósito de Pedro. Me refiero a “Ribera de los alisos”, de *Moralidades*, y en concreto a estos dos versos: “Así fui desde niño acostumbrado / al ejercicio de la irrealidad”. Solían venirme a la memoria con un dejo de desazón que sólo muchos años más tarde creo haber logrado descifrar. A ese recuerdo quiero dedicar estas páginas, con las que me uno de todo corazón al homenaje que *Zurgai* dedica al querido amigo y admirable escritor que es Pedro Gimferrer.

Creo que mi incomodidad procedía de considerar esos dos versos repletos de posibilidades y reverberantes de significado, completos en sí mismos, autónomos y no necesitados de antecedente ni continuación; y de creer que exigían, en el caso de tenerlo, un contexto que no cortara su potencial vuelo discursivo y no redujera el alcance de su pensamiento implícito. Porque aquel en el que aparecían me parecía limitador y desafortunado. Lo cito: «Un pequeño rincón en el mapa de España / que me sé de memoria, porque fue mi reino [...] / Sueño de los mayores todo aquello, / sueño de su nostalgia de otra vida más noble, / de otra edad exaltándoles / hacia una eternidad de grandes fincas, / más allá de su miedo a morir ellos solos. / Así fui, desde niño, acostumbrado / al ejercicio de la irrealidad, / y todavía, en la melancolía / que de entonces me queda / hay rencor de conciencia engañada»... etc.

Estamos ante el recuerdo de la interpretación infantil y adolescente de un sueño ajeno, y ante su crítica por la conciencia madura de la que el poema procede. Quienes sueñan en él son los familiares del poeta niño. Sueñan, dice el poema, sumergidos en “la dulzura de un orden artificioso y rústico”: el lujo relativo y la ceremonia básica que las familias de clase alta mantienen aun cuando se encuentren en una residencia campestre con menos boato que la ciudadana habitual. Y lo que sueñan, a mi modo de ver, es el tiempo ido en el que su clase social gozaba de prerrogativas, fueros y poderes asociados a la condición de propietarios latifundistas. Esa irrealidad socioeconómica fue percibida por el poeta niño, termina el poema, como fomento de desorientación y germen del conflicto de conciencias de clase que produjo luego su permanente malestar, y al que dedicó en consecuencia sus mejores poemas.

Recuerdo que por aquel entonces cursaba yo, junto a los llamados de Filosofía y Letras, estudios de Ciencias Económicas, y que estos últimos me llevaron a conocer las medidas de Política Económica de la Segunda República. Entre ellas se encontraba, si la memoria no me engaña, una Ley de Expropiación de Fincas Rústicas Manifiestamente Mejorables, por la cual el Estado podía despojar de sus propiedades agrícolas a aquellos que las explotaran insuficientemente o las abandonaran en total improductividad.

Los versos de Jaime Gil a los que me vengo refiriendo hubieran debidos serle expropiados, por ser manifiestamente mejorable – al reducir su productividad textual – el poema que los contenía, y en nadie mejor que en Pedro Gimferrer hubiera debido recaer su propiedad reasignada. Él sin duda les hubiera dado mejor empleo en un horizonte de más amplio y más profundo significado, bajo el signo de una de las primordiales formulaciones del pen-



Pere Gimferrer con Cuca y Jorge de Cominges. Barcelona, 2005.
(Fotografía de Oscar Elías)

samiento eliotiano: “Human kind / cannot bear very much reality”. Y sobre todo bajo la inspiración de una tesitura vital, nunca desmentida por los años, en la que la irrealidad no conlleva, como para Jaime Gil, melancolía, rencor ni resentimiento, sino la plenitud y el arraigo que reserva la verdadera vida, y con los que asentimos a ella.

La irrealidad como museo ideal de sistemas de pensamiento, espíritus de época, lugares reales e imaginarios a lo largo del planisferio y de la fantasía, bibliotecas, museos, léxicos de muchas lenguas, discursos de muchos siglos, estilos y maestros, ha sido siempre para Pedro Gimferrer gozoso y pleno refugio y fuente nunca agotada de creatividad. Como el velo azul de la reina Mab, pero vuelto manto triunfal y no mortaja de derrotados, como en Rubén Darío; mejor entonces como el labrado camarín de plata de su “Divagación”. Lo veo con la claridad de una revelación de oro y púrpura en esta tarde de verano en que una luz intensa ilumina el ábside de Santa María la Mayor, donde, como en los versos y entre las líneas de *Amor en vilo*, una mujer es coronada por aquel a quien ha dado el ser y razón de ser.

Roma, agosto de 2006.

